



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

<http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina>

e-l@tina es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina (GESHAL)

<http://geshal.sociales.uba.ar/>

con sede en el

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC)

<http://iealc.sociales.uba.ar/>

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

PERSPECTIVAS DE CHARLES TILLY SOBRE EL MÉTODO COMPARATIVO. USOS Y PROBLEMAS EN UN ESTUDIO DE CASO: LOS PARTIDOS COMUNISTAS EN AMÉRICA LATINA

Laura Prado Acosta

Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA), Magíster en investigación histórica (UdeSa, 2009), Profesora de historia (UBA, 2006), becaria CONICET, participante de grupos de investigación en UNQ (Centro de historia intelectual) y UNAJ. Correo electrónico: lauriprado@hotmail.com

Recibido con pedido de publicación: 6 de septiembre de 2013.

Aceptado para publicación: 20 de diciembre de 2013.

Introducción

Las ciencias sociales cuentan con una herramienta epistemológica fundamental: la comparación. Ésta permite fortalecer la fundamentación de una investigación, identificar especificidades y analogías de los casos estudiados, y ponderar la relevancia de variables explicativas. Al comparar, no sólo se extiende el campo de estudio ofreciendo una sensación de completitud, sino que se modifica la forma de estructurar las hipótesis y las argumentaciones. Sin embargo, aun cuando hay consenso respecto de los beneficios de la comparación, su aplicación sigue siendo resistida. Una de las resistencias que nos interesa indagar aquí se relaciona con una forma particular de concebir el espacio, o mejor, el marco espacial de nuestros objetos de estudio.

Las investigaciones en ciencias sociales han naturalizado al espacio nacional como el marco más obvio; restringiendo así sus ámbitos de estudio al país de pertenencia y, por lo tanto, resignado muchos usos de la comparación. Según el Informe de la Comisión Gulbenkian, la adopción de las fronteras nacionales como las más pertinentes para realizar una pesquisa se encuentra íntimamente relacionada con el rol de los Estados nacionales en la conformación de los espacios académicos (Wallerstein, 1996: 29). Este vínculo propició una configuración académica compartimentada que dificultó el diálogo interdisciplinario, y dejó bajo un “relativo descuido” el tratamiento del espacio y el lugar y, con él, la exploración de la comparación transnacional. Como resultado del descuido del marco geográfico, en muchas investigaciones la dimensión comparativa se acota a referencias instrumentales a otros casos nacionales que sólo refuerzan los razonamientos válidos para el caso “nacional propio”. También se ha dejado de lado la reflexión sobre el ámbito regional (espacios supranacionales) y sobre los ámbitos interiores (espacios provinciales, barriales).¹ Asimismo, la fragmentación de las ciencias sociales, y en especial el débil diálogo entre la sociología y la historia, dificultó el uso de la dimensión comparativa temporal diacrónica.

En este trabajo se buscará, en primer lugar, analizar críticamente el libro de Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (1991) en tanto que su autor ha sido un atento estudioso de los usos del método comparativo en las ciencias sociales, y ha buscado “encontrar” a la sociología con la historia (Tilly, 1981). Su lectura permitirá dar cuerpo a una reflexión sobre las dificultades y las potencialidades de esa *caja de herramientas intelectual*. En una segunda instancia, se buscará articular las incitaciones de Tilly con una serie de planteos en torno a mi propio objeto de estudio: la relación de intelectuales y artistas con los Partidos Comunistas latinoamericanos durante la primera mitad del siglo XX.

La historia de los Partidos Comunistas (PPCC) es un tema particularmente propicio a ser estudiado de manera transnacional y comparativa. Por un lado, porque estos partidos fueron fundados en sincronía con su inclusión en la Tercera Internacional Comunista y, por lo tanto, enraizados en un ámbito transnacional. Por otro lado, porque su vínculo con la URSS marcó, en gran medida, el tempo de sus desarrollos teóricos y políticos. Sin embargo, se tiende a sobreestimar, o absolutizar, el rol soviético en el funcionamiento práctico de los PPCC latinoamericanos. Un estudio que contemple la comparación histórica podrá dar cuenta de la diversidad, las especificidades

¹ Deben resaltarse las investigaciones que sí han adoptado perspectivas transnacionales: Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina. La construcción del orden. De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Buenos Aires: Ariel, 2012; Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. II, “Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX”, Buenos Aires: Katz, 2010; Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I, “La ciudad letrada, de la conquista al modernismo”, Buenos Aires: Katz, 2008. Sobre una perspectiva transnacional vinculada con las culturas interiores, ver: Conferencia de Ana Teresa Martínez en el marco de las Jornadas: *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 14/9/2012.

locales y la complejidad de los vínculos centro-periferia en la cultura comunista. En suma, retomando el desafío de Tilly, buscaremos plantear algunas ideas sobre la forma de estudiar la “interconexión de experiencias”, en este caso, de la cultura comunista latinoamericana.

Renovar las ciencias sociales

En 1984, en Estados Unidos, se publicó *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. De acuerdo a su autor, el libro tuvo su origen en una invitación de la Fundación Russell Sage de New York para escribir un ensayo sobre investigación comparativa e interdisciplinar en ciencias sociales. Ese pedido fue derivando, durante el proceso de escritura, hacia una reflexión sobre las debilidades de los enfoques disciplinares contemporáneos, que lo llevó a plantear una serie de líneas generales para propiciar su renovación. De acuerdo a su diagnóstico, gran parte de las deficiencias derivaban de la aceptación automática por parte de los investigadores del bagaje teórico-conceptual del siglo XIX.

Las claves de su propuesta metodológica superadora radicarón en la renovación de vocabularios y conceptos, en el acercamiento a la disciplina histórica, y, sobre todo, en el uso del método comparativo. A través de estas tres vías podrían complejizarse y *aggiornarse* los planteos de problemas y, en definitiva, el “aparato intelectual” de las ciencias sociales. Pero antes de iniciar esa renovación se debían identificar claramente cuáles eran las rémoras del siglo XIX.

En una suerte de historia de las ideas, Tilly reconstruyó el legado conceptual proveniente de las premisas de los “padres fundadores” de la sociología. Las concepciones sobre el cambio social, sobre las que se erigieron los modelos teóricos, nacieron con el proceso de consolidación del capitalismo y el surgimiento y crecimiento del proletariado urbano. Por un lado, el temor ante la amenaza a la propiedad y al orden social; por otro, la incitación a propiciar la ruptura, la rebelión, el conflicto de clase. Entre ambas nociones se configuró un sistema de tópicos, conceptos y vocabularios que, en definitiva, establecieron una pugna entre “diferenciación e integración.” En torno a esta pugna se construyeron los sistemas de ideas que, luego encontrarían un soporte institucional, académico, que dieron cuerpo a las ciencias sociales, con el aval de los Estados nacionales. Al respecto, Tilly señaló que “A partir de estas reflexiones del siglo XIX sobre el capitalismo, los Estados nacionales y las consecuencias del desarrollo de ambos surgieron las distintas disciplinas de la ciencia social como las conocemos hoy” (Tilly, 1991: 21).

El cambio social, el orden y el desorden fueron, entonces, los tópicos centrales de los desarrollos teóricos de Karl Marx, Emile Durkheim y Max Weber. Sin embargo, el uso anacrónico de sus ideas, y sobre todo la aceptación de ciertas premisas, surgidas de una lectura inadecuada de estos pensadores, limitarían y enturbiarían las proyecciones de las disciplinas sociales. Según Tilly, esa “herencia” (valiosa) incluyó, no obstante, algunos lastres o premisas perniciosas. La tensión que generaba aplicar una estructura intelectual decimonónica a realidades del siglo XX se cristalizó en los siguientes “postulados perniciosos”. En primer lugar, una concepción de la sociedad como ente autónomo y cerrado. En segundo lugar, entender el cambio social como un fenómeno que se produce en bloque y que va atravesando diferentes estadios. Luego, la convicción de que si ese cambio social se produce de manera demasiado acelerada puede provocar “desorden” o comportamientos reprobables en los sujetos. Por lo tanto, la sociedad tiene un impacto en la mente de los individuos y genera un “comportamiento social”, que establece un vínculo individuo-sociedad de mutuo impacto. Entonces, la posibilidad del orden depende del equilibrio entre diferenciación e integración. Como corolario, existen formas “legítimas” e “ilegítimas” de conflicto, coerción y expropiación, dependiendo de quiénes las ejerzan.

Podría decirse que, de estos “postulados perniciosos”, el más problemático a la hora de renovar las ciencias sociales es el primero: Tilly critica el uso del concepto de sociedad como “algo aparte; el

mundo como una totalidad se divide en ‘sociedades’ diferentes, cada una de las cuales posee una cultura, un gobierno, una economía, y una solidaridad más o menos autónomos” (Tilly, 1991: 26). Este postulado generaría la imposibilidad de incluir en el análisis las *interconexiones* de tiempos y espacios. También bloquearía la comprensión de la diversidad de los procesos de cambio, dificultando la construcción de una argumentación basada en casos históricos concretos y debilitando los usos del método comparativo. En conclusión, resultaría una “ficción”, nacida de la necesidad de justificar la existencia esencial de la disciplina sociológica, independiente de la filosofía:

La mayor victoria de la sociología como disciplina académica trajo consigo su mayor derrota como empresa intelectual. El haber persuadido a otros de que existía un espacio aparte llamado “sociedad”, así como entidades separadas denominadas “sociedades”, les dio vía libre a los sociólogos para justificar sus estudios (Tilly, 1991: 37).

En la práctica, a la hora de diseñar las estructuras gnoseológicas, “los sociólogos comenzaron, por regla general, por los Estados nacionales existentes y definieron la sociedad de forma residual. Sociedad era todo aquello que no era el Estado” (Tilly, 1991: 37-38). Esa definición residual parece dialogar con el nacimiento de otra disciplina académica decimonónica: la historia. Ligada a la figura de Leopold von Ranke y el historicismo alemán, la historiografía acompañó los procesos de consolidación de los Estados nacionales y desempeñó una función justificatoria de la existencia de esos Estados y de sus elites dirigentes (Wallerstein, 1996: 18-19). Así restringió su ámbito de incumbencia y el planteo de problemas al espacio de la nación-Estado, resignando, también, el estudio de las interconexiones y la exploración de la comparación como herramienta metodológica. En este contexto se entiende el descuido por parte de las ciencias sociales de las conexiones, las redes y las estrategias comparativas. Al respecto, el Informe Gulbenkian señaló:

(...) antes de 1945 la geografía fue la única disciplina que intentó de manera consciente ser realmente mundial en su práctica, en términos de su objeto de estudio. Ésa fue su virtud y posiblemente su desgracia. A medida que, a fines del siglo XIX, el estudio de la realidad social se fue compartimentando cada vez más en disciplinas separadas, con una división clara del trabajo, la geografía empezó a parecer anacrónica en su tendencia generalista, sintetizadora y no analítica (Wallerstein, 1996: 29).

Sólo una disciplina periférica como la geografía se planteaba el desafío de proponer una mirada transnacional, una reflexión más compleja sobre el *locus*, o marco espacial de los objetos de estudio.

Como vimos al inicio, el tratamiento del espacio y el lugar que adoptaron las ciencias sociales reforzó el concepto de frontera. En cambio —como observó Tilly—, los geógrafos demostraron la multiplicidad de contornos, lazos, viajes, interdependencias, que se evidencian en las cadenas migratorias, en los circuitos comerciales, etcétera. Por eso, el autor resaltó la pertinencia del concepto de *región*:

(...) no son zonas claramente delimitadas en las que las actividades estén confinadas. Por el contrario, las regiones tienen una mayor utilidad como sistema de clasificación, constituyen generalizaciones imperfectas del complejo espacial subyacente, que puede ser definido con mayor precisión como una serie de conexiones de incontables individuos, granjas, plantas y negocios (Morill, 1970: 186).

El concepto de región resulta así más apropiado para analizar la complejidad, el movimiento, los entramados, las porosidades, vinculados a los casos históricos concretos. Asimismo, Tilly rechazó la concepción espacial que implicaba el término “sociedad” y propuso adoptar la idea alternativa de “relaciones sociales múltiples”.

En su búsqueda de escapar de los determinismos, estudiar el movimiento y las interacciones, Tilly sugirió que la teoría de los juegos era una “posible salida” (Tilly, 1991: 48), aun cuando resultara simplificadora. También, para dar cuenta de las experiencias del individuo, hizo referencia a la microhistoria, como una base indispensable en el análisis de las grandes estructuras y los procesos amplios (Tilly, 1991: 86). Una articulación entre la macro y la micro historia serviría para fomentar argumentaciones más sólidas, alejadas de la pura abstracción. La historia social aportaría la reflexión sobre los contextos y procesos macro; la microhistoria daría cuenta de los itinerarios de figuras representativas de los sujetos estudiados.² En suma, la propuesta de Tilly fue examinar grandes estructuras y amplios procesos, a través de comparaciones, y contrastarlos con casos históricos apropiados, para anular así los postulados perniciosos del siglo XIX.

La comparación como estrategia superadora

Junto con la renovación de vocabularios y conceptos heredados de las teorías decimonónicas, y con la búsqueda de apegar los modelos explicativos a casos históricos concretos, las estrategias comparativas resultan una vía para complejizar las investigaciones, recoger las diversidades y, de esta manera, adaptar el “aparato intelectual” de las ciencias sociales al universo de problemas a los que Tilly y la sociología histórica norteamericana buscaban atender a fines del siglo XX.

Tilly, al analizar diferentes estrategias comparativas, estableció una clasificación de cuatro tipos ideales, que en la práctica se combinan y articulan. En primer lugar, la comparación *individualizadora*, en la que se busca primordialmente resaltar las peculiaridades de un caso y establecer lo significativo de esa particularidad con respecto a otros casos. Luego, la comparación *universalizadora*, que centra su atención en explicar por qué cada uno de los casos sigue una misma regla, un mismo patrón de comportamiento. En tercer lugar, propuso la comparación *identificadora de la diferencia*, en la que se indagan las características e intensidades de un fenómeno examinando el “principio de variación” al que responde. Por último, la comparación *globalizadora* “coloca distintos casos en distintos puntos del mismo sistema, y con ello intenta explicar sus características como una función de sus relaciones variables con el sistema como un todo” (Tilly, 1991: 106). Esta tipología es resultado de su análisis de los tipos de comparaciones utilizados por Reinhard Bendix, Theda Skocpol, Barrington Moore y Stein Rokkan, pero también de muchos otros que han incorporado estas estrategias a sus desarrollos intelectuales.

Como se ha dicho, esta tipología en realidad funciona siempre de manera articulada; es una abstracción producto del análisis de ejemplos de investigaciones comparativas. En estos trabajos Tilly encontró modelos, ejemplos a seguir y, a la vez, debilidades y errores que identificó para que pudieran ser superados en investigaciones futuras. Para analizar el primer tipo de estrategia comparativa, se remitió a Reinhard Bendix, quien desarrolló principalmente comparaciones individualizadoras, siguiendo la tradición de Max Weber y Otto Hintze. De acuerdo con Tilly, Bendix se concentró en la búsqueda de singularidades, estableciendo planteos a modo de “reverso del

² Véase por ejemplo Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos, El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Península, 2008. Ginzburg reconstruyó, a través de la figura del molinero Menocchio, un universo de ideas, conflictos e interacciones.

espejo” entre casos disímiles. Los contrapuntos fueron utilizados con el fin de resaltar las peculiaridades de los casos “anómalos”, para demostrar los desfases. Sin embargo, Tilly señaló que la principal falencia de Bendix residió en una debilidad argumental y explicativa: al omitir un análisis social que tuviera en cuenta las experiencias de la gente corriente, el investigador falló al establecer las razones de la diferencia. Por ende, la singularidad de los casos no fue aprovechada por Bendix para teorizar ni para comprobar la validez de una teoría.

Por contraste, Theda Skocpol sí fundamentó sus comparaciones entre revoluciones, identificando condiciones necesarias y suficientes, al incorporar el factor social junto a las condiciones estructurales y a las variables políticas. Según Tilly: “Al entusiasta programa explicativo de Skocpol se une la determinación de reintroducir la política en el análisis de los cambios sociales a gran escala”. (Tilly, 1991: 134). Con su estrategia comparativa universalizadora, pudo encontrar las determinantes clave de las variaciones y los factores en común de los procesos revolucionarios, de manera tal que su argumentación fuera sólida. Sin embargo, Tilly señaló que el esfuerzo mayor de Skocpol estuvo en encontrar las circunstancias comunes, ajustarlas y resaltarlas, pero que perdió la oportunidad de sacar provecho de las diferencias, la variación y las intensidades.

La tercera de las estrategias comparativa invita a plantear una pregunta clave en el proceso de investigación: “cómo y cuándo buscar la diferencia”. Distanciándose de los análisis estadísticos —demasiado abarcativos y superficiales—, Tilly sugiere comparar sólo los casos representativos de los problemas que el investigador desea abordar. De esa manera, al centrarse en los principios de variación, podría identificar las diferencias y, a la vez, resaltar las características específicas de cada caso estudiado. A la hora de la elección de casos, Tilly puso el acento en la austeridad, pues lo importante radicaría en las preguntas, en el tipo de relación entre las unidades analizadas, y no en una demostración banal de cantidad de ejemplos. Lo central es la reflexión sobre la “comparabilidad” de esos casos, es decir, definir en qué medida y por qué esas unidades pueden ser comparables, y trazar sus lazos de unión. En definitiva, se trata de definir principios de causalidad comunes, determinantes esenciales, pero también de establecer las conexiones que transforman un espacio en un sistema, en el que interactúan las unidades con el conjunto.

Barrington Moore, inició un camino en el terreno de las comparaciones de revoluciones usando principalmente la identificación de la diferencia sobre la base de principios generales de variación. Al respecto, Tilly ha considerado que este esfuerzo lo llevó a que “parezca una apisonadora histórica, recogiendo pedazos de experiencia para depositarlos en grandes cubos” (Tilly, 1991: 150). Nuevamente, de esta crítica parece surgir una advertencia en relación con la cantidad de casos estudiados. Las “comparaciones enormes” que dieron título a este libro deberían su tamaño no tanto al número de casos sino a su calidad explicativa y a las posibilidades de planteos novedosos.

La última de las estrategias comparativas, la globalizadora, se refiere a aquellas que buscan “abarcar el mundo”. Tilly observó que éstas exigen mucho esfuerzo por parte del investigador y conllevan un “grave peligro”: su cercanía a las explicaciones funcionales y a las tautologías. Buscar las relaciones con el todo y sus interconexiones tiende a las generalizaciones, que van alejándose de la historia concreta. No obstante, algunos ejemplos han mostrado su utilidad: Eric Wolf, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein debieron extenderse hacia el espacio mundial porque sus planteos, en torno a la expansión del capitalismo, incluían como zonas de explicación fundamental a las “periferias”. Esa extensión global fue mediada por una reflexión sobre la relación *centro-periferia*, que hizo inteligibles sus planteos y que resaltó las conexiones como variables explicativas centrales.

La dificultad para adoptar un marco espacial pertinente en una investigación comparativa es una de las preocupaciones que cruzaron el trabajo de Tilly. Observamos que, a diferencia de quienes para superar las trabas de la restricción al Estado nacional adoptaron el mundo entero como marco

espacial —tal como Wallerstein en *El moderno sistema mundial*, o Eric Wolf en *Europa y la gente sin historia*—Tilly, en cambio, propuso abandonar el hábito de incluir grandes cantidades de casos: a su entender, resultaba preferible restringirse a un examen profundo de un número pequeño de cuestiones para lograr una comparación eficaz, en la que el investigador tuviera familiaridad con los contextos abordados: “En términos generales, los estudios comparativos de grandes estructuras y procesos amplios producen un mayor aporte intelectual cuando los investigadores examinan un número relativamente pequeño de cuestiones” (Tilly, 1991: 99). La intención debería estar en contribuir a la inteligibilidad de un fenómeno, no en el despliegue exagerado de datos y casos, que terminan provocando confusión y desconfianza.

Estudio de caso: Partidos Comunistas latinoamericanos

“1) Especificar nuestros argumentos; 2) observar unidades que se corresponden con las unidades de nuestros argumentos; 3) asegurarnos de que nuestras unidades son comparables con respecto a los términos de nuestro argumento; 4) observar unidades que se puedan considerar independientes entre sí, o bien tener en cuenta su interdependencia en la especificación del argumento y en el análisis de la evidencia” (Tilly, 1991: 145).

Estas indicaciones ponen énfasis en la articulación entre argumentación y estudio de casos. Asimismo, indagan en torno a los criterios de elección de las unidades de análisis que compondrían los casos analizados. Tilly aclaró que su rechazo del concepto de “sociedad” no implicaba necesariamente el abandono de los Estados nacionales (Tilly, 1991: 104), pues estas unidades son pertinentes como marco espacial siempre y cuando se incorpore una mirada a los bloques de poder internacionales, las regiones, las clases sociales y los grupos lingüísticos. En este sentido, en el caso de los Partidos Comunistas latinoamericanos, consideramos necesario realizar una reflexión sobre el *locus*, o marco espacial pertinente, teniendo en cuenta que funcionaron de manera articulada y compleja.

Al pensar en *cómo* abordar un estudio sobre el Partido Comunista (PC) resulta inevitable atender a su condición internacionalista. Esta *differentia specifica*³ resultó a la vez problemática e identificatoria. Por un lado, otorgó fortaleza porque generaba perspectivas revolucionarias de proyección mundial, por lo que el “carisma” o el atractivo del comunismo en Latinoamérica provino, en gran medida, de esa condición. Por otro lado, generó una serie de dificultades, en especial a la hora de enfrentarse con los movimientos políticos y corrientes de pensamiento nacionalista y de la izquierda nacional, y también cuando debió acatar decisiones exógenas.

Los Partidos Comunistas se formaron, en general, como desprendimientos de otros partidos marxistas, como el Partido Socialista (PS), o de la izquierda nacional. El proceso revolucionario ruso provocó la ruptura del bolchevismo con la Segunda Internacional, la creación de la Tercera Internacional Comunista (1919-1943) y la convocatoria internacionalista a formar Partidos Comunistas nacionales que fueran a la vez secciones del Komintern. Las noticias de este proceso profundizaron conflictos latentes sobre la forma de intervenir en los escenarios políticos locales. Las nuevas formaciones partidarias se alumbraron en torno al debate sobre la manera de encauzar la acción político-revolucionaria marxista. Ese fue el caso argentino, en el que una fracción del PS

³ Así definió Manuel Caballero la cualidad internacionalista de los Partidos Comunistas, en *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1987.

decidió separarse para crear primero el Partido Socialista Internacional y luego, aceptando las Veintiuna Condiciones leninistas, el Partido Comunista argentino (PCA).

La Tercera Internacional fue un espacio político único en su proyección revolucionaria. Creado en 1919 con el objetivo de completar en todo el mundo el proceso revolucionario que había comenzado antes en Rusia, fue un partido político mundial, basado en la teoría y la praxis marxista y leninista. Eric Hobsbawm ha destacado el rol convocante que tuvo el internacionalismo: “es difícil imaginar la fuerza inmensa que sus miembros obtenían del conocimiento de su calidad de soldados de un singular ejército internacional que, por muy vario y flexible que fuera en la táctica, operaba en el marco de una única y amplia estrategia de la revolución mundial. De ahí la imposibilidad de que surgiera ningún conflicto básico o de largo alcance entre los intereses de cada uno de los destacamentos nacionales y la Internacional, que era el *verdadero* partido, y del que las unidades nacionales no eran sino secciones disciplinadas. Esa fuerza se basaba tanto en razones realistas como en la convicción moral” (Hobsbawm, 2000: 14). La metáfora “ejército internacional” resulta explicativa de la manera en la que la militancia concibió su participación en el PC: las cuotas de disciplina y sacrificio eran una condición para actuar en pos de un cambio venidero que destruiría el orden establecido y facilitaría la llegada del socialismo.

Sin embargo, el paso del tiempo fue desmintiendo los pronósticos de que en Europa occidental las situaciones revolucionarias se transformarían en revoluciones. Este letargo de las expectativas revolucionarias estimuló el crecimiento de las estructuras partidarias nacionales. Éstas, aun estando siempre asociadas a la Internacional (IC), tuvieron una inercia y un desarrollo propios. Así, se fue priorizando la construcción de organizaciones partidarias nacionales que sirvieran de apoyo a los procesos revolucionarios realmente existentes, es decir, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Ahora bien, el *locus* o espacio comunista sólo puede entenderse como producto de una articulación de pertenencias regionales, locales, nacionales e internacional. Antes de abordar el estudio de estas articulaciones, deben distinguirse dos acepciones en las que se utilizó el concepto de internacionalismo. Por un lado, en tanto idea a través de la cual los sujetos se identificaron con un movimiento político, teniendo en cuenta que para los comunistas esa idea otorgó un sentido de la acción. A través de ella, el militante se relocalizaba; se consideraba parte de un entramado que lo excedía y lo involucraba en asuntos de latitudes lejanas (esto afectaba su accionar local, y generaba fuertes cuestionamientos e impugnaciones por parte de sus adversarios políticos). Por otro lado, el internacionalismo tuvo un funcionamiento efectivo como una organización partidaria, que buscó intervenir activamente en la cultura y la política en todos los espacios posibles.

Vinculadas a la idea y al funcionamiento práctico del internacionalismo, las implantaciones comunistas fueron diversas y difusas: barriales, provinciales, nacionales, regionales, internacional; asimismo incluyeron espacios geográficos, laborales, culturales y étnico-idiomáticos. De la Tercera Internacional Comunista a la “célula” (término usado para denominar a la mínima expresión organizacional que reunía a tres militantes), muchas veces, la trama resulta inextricable.

La Internacional, y dentro de ella el Buró Suramericano, conformaron un sistema de dimensiones vastas, con sus contactos, congresos, viajes a la URSS: una red de vínculos transnacionales, en la que funcionó un “corredor de ideas”, de autores, revistas, libros, traducciones, premios, etcétera. No obstante, como ya se dijo, esa trama compleja articuló espacios supranacionales, nacionales y locales, propios de las culturas interiores. En ella participaron intelectuales y artistas renombrados y consagrados internacionalmente, y también muchos agentes culturales menores, figuras de una cultura local, del barrio, o de los pueblos.

Los centros y periferias de ese sistema fueron diversos: por ejemplo, en el pueblo de Rivera, provincia de Buenos Aires, en los años cuarenta había diez células judías y una ferroviaria; para ellos el centro del que provenían las noticias y los periódicos era Bahía Blanca. De allí llegaban, a través de los ferroviarios, que eran militantes muy valorados por su rol conector entre diferentes ciudades.⁴ En una conferencia sobre las culturas interiores y los intelectuales de provincia y de pueblo, Ana Teresa Martínez disertó sobre la necesidad de delinear un *encuadre espacial* pertinente a los objetos de estudio que nos proponemos indagar. Observó entonces que la condición local se genera siempre en relación con otro local al que se representa como centro, poniendo de manifiesto el carácter relativo del vínculo centro-periferia.⁵ Para los comunistas de Rivera, funcionaron como centros tanto la plaza del pueblo como las ciudades de Bahía Blanca, Buenos Aires, París, Roma y Moscú, sin que esto resultara una contradicción o un problema. Pareciera que, cuando se atiende al funcionamiento de las culturas interiores, el carácter de subordinación que suele implicar la relación centro-periferia se redimensiona.⁶

En contraposición con el enfoque de Martínez, encontramos el ya clásico análisis de Manuel Caballero sobre la Internacional Comunista en Latinoamérica:

(...) los leninistas latinoamericanos estaban destinados a jugar el papel de “apoyo” de la revolución mundial, apuntalar las luchas de las clases obreras revolucionarias de Europa y Asia. Si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África. En la estructura piramidal que mundialmente tenía el Comintern, América Latina estaba situada muy abajo (Caballero, 1987: 15-16).

La imagen transmitida por Caballero fue la que perduró en el sentido común y en los estudios historiográficos: la pirámide, con centro en Moscú y Latinoamérica como periferia extrema. Sin embargo, un análisis que incorpore como variable la forma en que los sujetos comprendieron su participación en el comunismo nos lleva a cuestionar la figura de la pirámide (al menos en su connotación de subordinación real y concreta de los locales al centro, es decir, Moscú). Sin dudas, se admiraba el proceso soviético y efectivamente Moscú fue un “centro” del comunismo internacional, pero su función de centro se remitió más al plano de las ideas que al control efectivo de las periferias, que en muchos casos resultó impracticable. Por eso, además de la figura de la pirámide, nos servirá la imagen de los esparaves.⁷ Es decir, redes superpuestas por regiones, que se remitían a Moscú pero que, por su lejanía geográfica y por las características de las comunicaciones en la primera mitad del siglo XX, fueron en gran medida difusas.

⁴ Entrevista a Bernardo Melman, ex militante comunista originario de Rivera, 10/3/2012.

⁵ Ana Teresa Martínez, Jornadas *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 14/9/2012.

⁶ Andrés Bisso, al analizar el caso del periódico *Mechita* del pueblo ferroviario homónimo de la Provincia de Buenos Aires en los años cuarenta (cinco mil habitantes), señaló la manera en que la dinámica del pueblo invirtió la lógica de la marginalidad de los actores. Lo local se retroalimentó de los acontecimientos internacionales y ambos se complementaban: “suturando” una separación que se generó en el plano analítico pero que no se corresponde con las concepciones de los sujetos. Andrés Bisso, Jornadas: *Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo y autodidactas*, Buenos Aires, 13/9/2012.

⁷ Esparavel: red redonda para pescar, que se arroja a fuerza de brazo en los ríos y parajes de poco fondo (www.rae.es).

Por ende, en un análisis de este tipo, deberían distinguirse al menos tres grandes grupos de PPCC nacionales, que pertenecerían a redes esparaveles diferentes: en primer lugar, aquel grupo en el que los PPCC controlaron el aparato del Estado (Europa Oriental, China, etc.); en segundo, aquel en el que fueron estructuras con relativo poder político-cultural, con llegada a las masas, como los PC de Francia e Italia; y, por último, aquel en el que, en general, fueron perseguidos por las autoridades estatales, sin éxitos electorales significativos ni una posición dominante en sus respectivos campos culturales, como los PPCC latinoamericanos. Cada grupo podría ser analizado con variables que contemplen las problemáticas que le fueron propias.

Los sujetos militantes no encontraron contradicción en pertenecer a una organización local y transnacional a la vez. Se sentían parte de una estructura que los trascendía y al mismo tiempo eran miembros de una comunidad espacialmente más acotada (una multiimplantación que compartieron con la Iglesia católica y la masonería). Por lo tanto, si bien al analizar la Internacional Comunista puede considerársela una pirámide institucional, en las experiencias efectivas se asoman interacciones y una topología más irregular, que invita a pensar en centros diversos y superpuestos.

En esas yuxtaposiciones se destacó el rol del Partido nacional, como estructura organizacional principal. El Comité Central nacional y, en particular, el Comité Ejecutivo nacional tomaban las decisiones políticas e influían en otros asuntos de los ámbitos sindicales y del ámbito cultural. Cuando, por ejemplo, consideraban que los debates culturales tenían un peso político, muchas veces las dirigencias partidarias nacionales intervenían, clausurándolos o definiéndolos. Es por eso que, aun teniendo en cuenta el peso de la articulación con la IC y con la URSS, el marco nacional tuvo gran protagonismo en el funcionamiento concreto de la organización. En principio, porque el Moscú “centro de la revolución mundial” fue una arena de fuertes luchas intestinas, que desalientan a considerarlo como un espacio desde el que emanaban órdenes al resto del mundo que eran cumplidas por sumisos sujetos periféricos. Pero, además, baste con dos ejemplos de sujetos que contaron con el “aval soviético” y de todos modos fueron expulsados de sus partidos por conflictos internos: Eugenio Gómez, en Uruguay, fue acusado en 1955 por sus camaradas de participar en acciones moralmente reprobables y fue desplazado por Rodney Arismendi (Leibner, 2011); en la Argentina, puede mencionarse el caso de Juan José Real, quien, aun siendo un hombre con contactos soviéticos y Secretario de Organización, a raíz de un conflicto con otros miembros de la dirigencia partidaria nacional en torno a su propuesta de acercamiento al peronismo, fue expulsado del PCA en 1952 (Real, 2006; Prado Acosta, 2013).

En consecuencia, el análisis de las articulaciones entre espacios nacionales, regionales y locales debe tener en cuenta que un punto de miras transnacional no es excluyente sino compatible, y complementario, con los estudios culturales nacionales. Tal como se ha desarrollado en la primera parte de este trabajo, en la comparación se evidencian las especificidades nacionales y locales; no se busca eludir el marco nacional sino relativizarlo, para reconstruir la forma en que los sujetos concibieron su implantación local, nacional y latinoamericana en relación con el proyecto de construcción de un orden comunista internacional.

Consideraciones finales

La imagen de redes que cierra la propuesta de Tilly ha sido de gran utilidad en el proceso de renovación de las ciencias sociales, pues a través de ella se han repensado los mapas y las interacciones. En torno a ella pueden generarse mejores modelos explicativos, que incorporen las dimensiones espacio-temporal, las nociones de centro-periferia y una reflexión sobre el vínculo entre el sistema y la singularidad. En el caso de nuestro objeto de estudio (los Partidos Comunistas), estas reflexiones resultan pertinentes y valiosas. El tipo de problemas e hipótesis que surgen de los casos

históricos concretos están marcados por la articulación de espacios, por la conexión entre lo local y lo internacional. Dado que estas conexiones configuran un *locus* complejo, propusimos la imagen de esparaveles, para designar las diferentes redes que conformaron el espacio comunista. En cada uno de ellos cambiarán las variables explicativas y los problemas planteados: si bien se entiende que hay elementos comunes que cruzaron los itinerarios de los PPCC de todo el mundo, también existieron especificidades locales, que por lo general han sido desoídas por la historiografía. El uso profuso de la imagen de redes para enfatizar las interconexiones debe hacerse compatible con la atención a los casos específicos. En este sentido, atender a la unidad (caso nacional o local), al sistema internacional al que pertenece y a los efectos que producen las conexiones es el desafío en la construcción de un marco explicativo. Las estrategias de comparación y la remisión constante a las experiencias históricas, son las vías que nos acercará a identificar singularidades y procesos comunes, y a explicar el vínculo que los conecta.

Bibliografía

- Caballero, Manuel (1987) *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Hobsbawm, Eric (2000) *Revolucionarios*, Barcelona: Crítica.
- Leibner, Gerardo (2011) *Compañeros y Camaradas*, Montevideo: Trilce.
- Morrill, Richard (1970) *The Spatial Organization of Society*, Belmont: Duxbury Press.
- Prado Acosta, Laura (2013) “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino”, revista *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/64825>.
- Real, Juan José (2006) *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires: Fondo Nacional de la Artes.
- Tilly, Charles (1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid: Alianza.
- (1981) *As Sociology Meets History*, New York: Academic Press.
- Wallerstein, Immanuel (1979) *El moderno sistema mundial*, Madrid: Siglo XXI.
- (coord.) (2006) *Abrir las ciencias sociales, Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México: Siglo XXI.